

FUE CAPAZ

Rashida Rguibi

El sol está calentando mi lustrosa calva porque he olvidado la gorra en casa. El único banco que había en la sombra lo han ocupado tres viejas que no paran de charrar y cuchichear. De vez en cuando se aproximan entre ellas con secretismo masónico, por lo que presiento que no tienen ninguna intención de levantarse. Estoy esperando a mi amigo Ramón, uno de los asiduos del parque, paseamos juntos todas las tardes desde que él enviudó y a mí me dejó mi querida esposa. Sé que llegará tarde y no me importaría si estuviese sentado en algún lugar más fresco, pero con este calor de principios de verano estoy incómodo y nervioso.

Veo pasear los perros con rabia contenida, son de todas las razas reconocidas y también los que yo llamo *mil leches*, esos que no sabes de dónde han salido, de pelaje ralo y basto con orejas dispares y hocico extraño ¡anda que no me costó aprender tanta variedad! Y Ramón aún insiste en que aprenda más, cuando yo siempre he odiado a los chuchos.

Elvira, mi mujer, adoraba todo tipo de animales: perros, gatos peces, tortugas, loros, periquitos, agapornis, ninfas y hasta los más pequeños como mariposas, caracoles, lagartijas y luciérnagas. Cuando veía una mosca volar por la cocina se empeñaba en atraparla con sumo cuidado para devolverle la libertad y las arañas conseguía que se deslizasen sobre un trozo de papel para depositarlas entre las hojas de los geranios de la terraza y me explicaba que estos bichitos se comen los moquitos y así no me picarían por la noche.

Siempre fue una ecologista y más bien rarita, no sé como pudimos vivir tantos años juntos. Cuando nuestros hijos se habían marchado de casa y disfrutábamos de nuevo la vida de pareja, se empecinó en la necesidad de tener un perro y nuestras discusiones eran constantes hasta aquella lluviosa mañana de domingo que recuerdo una y otra vez con total nitidez.

Había preparado un desayuno especial, como de hotel: huevo frito con panceta, queso fresco con tomate rosa de Barbastro, unas tostadas con aceite de oliva virgen, zumo natural de naranja recién exprimida y café con leche con unos deliciosos cruasanes mini que sabían a gloria. Yo sospeché que aquello no auguraba nada bueno y la interrogué nada más ver tal colección de inusuales viandas.

—Buenos días mi amor, ¿qué ha ocurrido esta noche? ¿Has madrugado para comprar los cruasanes y has abollado el coche? o ¿fue ayer cuando volviste del Ikea? —

interrogué con un cierto tono de sorna— algo ha tenido que ocurrir para este agasajo inesperado.

—Buenos días, cariño, y no, no he abollado el coche, ni he roto aún la vajilla que nos regaló tu madre, ni siquiera he tirado la mantelería de la tía Ágata, circunstancia con la que te he amenazado en tantas ocasiones. Solo es que te quiero y de vez en cuando es bueno recordarlo. —Se acercó y depositó un cálido beso en mis labios. Aquel romanticismo inesperado no era propio de ella.

—Mira pichoncita, que nos conocemos de hace muchos años, cuenta qué es lo que ha pasado. Ya lo sé, tanto comprar por internet en Amazon y nos han vaciado la cuenta, dime de cuanto dinero se trata. No te preocupes, iremos a la policía y pondremos una denuncia. Contesta de una vez —le dije gritando e increpándola.

Ella se echó a llorar y entrecortadamente me dijo:

—He adoptado a un perro. No te preocupes no te va a dar ningún mal, yo me haré cargo de todo, le sacaré a pasear, asearé y llevaré al veterinario. Tu no tendrás que hacer nada, será como sino existiese

Su voz era suplicante, le notaba el sentimiento de culpa o eso pensé en aquel momento, así que respondí:

—El perro o yo, tú eliges. Si ese chucho entra en casa yo me voy —puse la voz todo lo firme que me permitía en aquel momento mi asombro y controlando mi ira interior.

Ella se acercó y cogiendo mi cara entre sus manos fijó sus ojos, que intentaban contener las lágrimas, en los míos y con una voz firme y decidida que nunca había escuchado respondió.

—Mi amor, nunca te he pedido grandes cosas y hasta ahora siempre he procurado que la felicidad estuviese entre nosotros. Te he rogado en muchas ocasiones tener un animal y la cordura, la tuya, ha imperado por delante de mi voluntad, Los años han ido pasando y mis deseos siempre han sido postergados una y otra vez. Tener un semoviente, como a ti te gusta llamarlos, es algo que deseo desde la infancia y me ha sido negado una y otra vez, todos habéis decidido por mí. He pasado la vida inmersa en cuidaros a todos, a mis padres porque eran ancianos a nuestros hijos y especialmente a ti, así que ahora, ¿quién eres tu para prohibírmelo?

—Yo soy quien vive contigo y quien tiene que compartir su espacio con ese animal. Mira que me marchó de casa.

Para mi sorpresa se giró y a la par que se dirigía a la puerta dijo con voz serena.

—Lo siento, pero elijo al perro: se llama Cañamón.

Lástima de desayuno, había conseguido arruinarlo y ahora el dilema para terminar la batalla estaba en mi campo. ¿Me marchaba o me quedaba? Mi asombro no tenía límites, cómo era posible que un chucho amenazara con sacarme de mi hogar y romper el cariño y la convivencia de tantos años. No lo podía creer.

El día fue largo y ella no quiso volver a hablar del tema, pero su silencio y su rictus contraído me hacían más daño que los gritos y las discusiones a las que me tenía acostumbrado. Entré en la habitación y la vi haciendo las maletas.

—Pero ¿a dónde vas? —No la creía capaz de abandonarme.

La respuesta fue tranquila y serena, contestó con la voz cansada después de tantos años de frustración y batallas perdidas, como un reo que acepta su condena:

—Algún día teníamos que terminar y todo acaba por una gota insignificante de agua que llena ese vaso que has alimentado durante años, esa pequeña lágrima hace que se desborde.

Su voz se elevó de tono adquiriendo decisión y firmeza y añadió:

—Ya no aguanto más.

Besó una última vez mis labios con ternura y se marchó cuidando de no hacer ruido al cerrar la puerta tras de sí.

Cuando desperté me di cuenta de que todo había sido un sueño, solo una pesadilla, como todas las mañanas resoplaba de cuando en cuando, invadiendo parte de mi lado de cama, la abracé con toda la ternura de la que era capaz en aquel momento.

Cuando llegué a la cocina un magnífico desayuno estaba dispuesto en la mesa y por el cristal de la puerta de la galería un perro arañaba la madera en un intento de entrar en casa.

Solo pensé que Elvira no sería capaz.